

tarse hasta la Divinidad como una llama, uniéndose á ella en la unidad de la creación con el Creador. De aquí los resultados de su filosofía. Esta no creó ni moral, ni culto, ni caridad, y nada hizo sino descomponer y destruir. Consistiendo en una negación fría, corrosiva y sarcástica, obraba como el veneno, helaba, mataba, pero no vivificaba jamás. Así es que no producía todo el efecto que debía producir ni aun contra aquellos errores que no eran sino la mala inteligencia de un pensamiento divino. Esta es la causa de que, en vez de producir creyentes, sólo lograrse hacer escépticos, de suerte que la reacción cristiana fué pronta y general. Imposible era que dejase de suceder así; la impiedad barre el alma de los errores religiosos y sagrados, pero jamás llena el corazón del hombre; nunca ésta será suficiente para destruir un culto, porque á una fe es preciso reemplazar otra fe. No es dado á la irreligión el destruir una creencia sobre la tierra, pues únicamente una religión que sea más luminosa puede obtener un verdadero triunfo sobre la religión alterada, reemplazándola. La tierra no puede quedar sin altares, y sólo Dios es bastante fuerte contra Dios.

## VI

El 5 de Agosto de 1791, primer aniversario de la famosa noche del año anterior, en que se derrocó el régimen feudal, empezó la Asamblea nacional á revisar la Constitución. Solemne é imponente era aquel acto de unos legisladores que iban á terminar su carrera pública sobre las ruinas que habían sembrado en su camino, y sobre las nuevas fundaciones que habían creado. ¡Qué distinta era la disposición de sus ánimos en aquel momento de lo que fuera cuando dieron principio á su obra! Entónces la emprendieron con entusiasmo, y ahora iban á revisarla convencidos de la realidad y cubiertos de tristeza. Cuando se abrió la Asamblea nacional, se abrió entre las aclamaciones de un pueblo lleno de esperanzas, y al cerrarse oía bramar en torno suyo el tempestuoso huracán de las pasiones de todos los partidos. El rey estaba preso, los príncipes habían emigrado, el clero se hallaba en cisma, la nobleza escondida ó ausente, y el pueblo en completa revolución. La popularidad de Necker había caducado cuando se hallaba en el apogeo de su popularidad. Mirabeau había muerto, Maury había enmudecido, y Cazales, Lally y Mounier abandonaban su obra. Dos años habían sido suficientes para destruir más hombres y más cosas que destruye una generación en tiempos normales. Las voces de 89, inspiradas por la filosofía y por las esperanzas, ya no resonaban bajo aquellas bóvedas; los grandes hombres habían desaparecido, y los talentos de segundo orden se preparaban á combatir, aunque tímidos y desalentados, porque carecían de aquel genio que impulsa al pueblo á obrar, y tampoco tenían en sí mismos suficiente fuerza para resistirle. La sensibilidad había hecho que Barnave recobrase todas sus virtudes, pero su arrepentimiento era ya tardío, y sólo sirvió para hacerle conocer la enormidad de las faltas que había cometido. En las revoluciones no es de ninguna utilidad el arrepentimiento; lo que se necesita son expiaciones, y Barnave iba á empezar la suya, por no haberse querido unir con tiempo á Mirabeau para salvar la monarquía. Robespierre era á Barnave lo que éste había sido al gran tribuno; pero Robespierre, más poderoso que Barnave, no obraba movido de envidia, sino dirigido por una idea constante, resultado de una teoría implacable y se-



VOLTAIRE.

vera. Barnave no habia contado nunca más que con una faccion. Robespierre estaba apoyado por todo un pueblo.

Desde las primeras sesiones trató Barnave de atraer al partido de la Constitucion á los que las opiniones de Robespierre y de sus amigos habian separado de ella, y lo hizo con una delicadeza que descubria lo precario de su posicion, á pesar de la fuerza de sus palabras. «Se ataca—dijo—el trabajo de la comision, aunque no existen contra ella sino dos clases de oposicion: primera, la de los hombres que constantemente se han declarado enemigos de toda innovacion; segunda, la de los enemigos de la igualdad, que detestan nuestra obra porque destruye la aristocracia. Otra clase hay hostil á la Constitucion, pero debe subdividirse en dos fracciones distintas. Pertenecen á la primera ciertos hombres que por conviccion interior prefieren otro sistema de gobierno cuyas formas disimulan con más ó ménos maestría en sus discursos, porque trabajan constantemente por despojar á nuestra Constitucion monárquica de todo lo que puede entorpecer ó dilatar que se establezca la república. Convencido de que todo el que abrigue una opinion pura en política tiene derecho de enunciarla, no trato de atacar á estos hombres. Otros hay que, enemigos de toda forma de gobierno, si hoy no nos combaten, no es porque prefieran éste ó el otro, sino porque cuanto contribuye á fijar la marcha política del Estado y á cimentar el órden, así como cuanto tiende á que aparezcan bajo su verdadero punto de vista los hombres probos y los que no lo son, los honrados y los pícaros, les es odioso. (*Prolongados aplausos en la mayoria del lado izquierdo*). Estos son, señores, los que se han opuesto más encarnizadamente á nuestros trabajos y los que han tratado de perpetuar la revolucion, porque están convencidos de que en cuanto la fijemos, ya no les será dado explotarla. Estos hombres han creido dominar la opinion pública con sólo mudar los nombres de las cosas y con aparentar y hacer alarde de su patriotismo, habiendo logrado con esto, y con cierta máscara de probidad y de pureza con que hipócritamente se han cubierto, obtener los primeros y más elevados puestos del Estado. Algunos escritores, ajenos de todo sentimiento honrado, se han unido á ellos... (*Repetidos aplausos impiden que se oiga al orador, y todas las miradas se fijan en Brissot y en Robespierre*). Si quereis que vuestra Constitucion sea una verdad, si deseais que la libertad de la nacion lo sea tambien, pues hasta ahora no pasa de ser una esperanza (*murmillos de descontento*), dedicaos á simplificar esa Constitucion, y conceded á todos los poderes creados por ella la fuerza de accion y de influencia necesarias para dar impulso á la máquina social, y para que la nacion conserve la libertad que le habeis dado. Si la salvacion de la patria os es cara, mirad con detencion lo que vais á hacer. Fuera de este recinto toda desconfianza injusta, que sólo puede ser provechosa á nuestros enemigos si llegan á convencerse de que esta Asamblea, contra cuya constancia y valor se han estrellado todas las maquinaciones de los partidos desde que el rey se fugó, está próxima á dividirse en fracciones, que es á lo que han aspirado esos hombres, procurando con maña introducir entre nosotros una mutua desconfianza. (*Nuevos aplausos*). No dudeis, señores, que si esto se verificase, veríais renacer en el interior esos desórdenes de que estais tan hartos, y cuyo término debia fijarse, fijando los límites de la revolucion. En lo exterior volverian á reproducirse las locas intenciones que hasta ahora hemos rechazado con ventaja, porque nuestra union nos hacía ser fuertes;

y convenceos de que si sabemos seguir unidos como hasta aquí, nadie se atreverá á disputarnos la victoria. Si llegásemos ahora á dividirnos, toda tentativa podría tener probabilidad de buen éxito, porque ninguno de nosotros se fiaría del otro, y porque todos abrigaríamos injustas sospechas; con lo cual sería imposible que pudiésemos ponernos de acuerdo para terminar dignamente la gran obra que hemos emprendido.» Barnave no pudo proseguir, porque los aplausos de la mayoría ahogaron su voz, y hubo un instante en que toda la Asamblea estuvo por el gobierno monárquico representativo.

## VII

En la sesión del 25 de Agosto se discutió el artículo de la Constitución en que se decía que los individuos de la familia real no podían ejercer los derechos de ciudadanos. El duque de Orleans tomó la palabra para protestar contra este artículo, y declaró en medio de aplausos y murmullos que, si se adoptaba, le quedaba el derecho de optar entre el título de ciudadano francés y el que tenía eventualmente al trono, en cuyo caso renunciaría á éste. Sillery, amigo y confidente del príncipe, subió á la tribuna y combatió con elocuencia y habilidad las conclusiones de la comisión. Lleno este discurso de alusiones directas á la situación en que se hallaba Orleans, fué el único acto ostensible de ambición intentado por el partido de aquel príncipe. Sillery dió principio á su discurso contestando directamente al de Barnave. «Séame permitido lamentarme—dijo—del abuso que veo hacer algunos oradores de su talento, valiéndose de un lenguaje extraño. Quiere hacérsenos creer que existen aquí facciosos, anarquistas y enemigos del orden, como si éste no pudiese conservarse sino satisfaciendo las ambiciosas exigencias de ciertos y determinados partidos... Se os propone que concedáis á todos los individuos de la familia real el título de príncipes, y que les despojeis de los derechos de ciudadanía. ¡Qué inconsecuencia y qué ingratitud! Declaráis como el más bello de los títulos el de ciudadano francés, y proponéis al mismo tiempo que puede trocarse con el de príncipe, á pesar de que lo habeis suprimido como contrario á la igualdad. Algunos de los parientes del rey que han permanecido en Francia, ¿no han mostrado constantemente el patriotismo más puro? ¿No han hecho servicios distinguidos á la causa pública con el ejemplo y á costa de mil sacrificios? ¿No han renunciado voluntariamente á todos sus pomposos títulos, sólo por obtener el de simples ciudadanos? ¡Y sois vosotros los que proponéis que se les despoje de él! ¿Qué es lo que sucedió cuando suprimisteis el título de príncipe? Que varios individuos de la familia real han emigrado al extranjero y se han ligado con los soberanos de otros países para combatir la patria, al paso que otros se han afiliado en nuestra bandera. Si el título de príncipe vuelve á restablecerse, se concede á los enemigos de la patria todo cuanto ambicionan, y se quita á aquellos parientes del rey que se han declarado patriotas todo cuanto aprecian. Si obráis de este modo, el triunfo y la recompensa son para los príncipes que están conspirando, y el castigo y los sacrificios para los que han hecho causa común con el pueblo. Dícese que es peligrosa la admisión de los miembros de la familia real en el Cuerpo legislativo, y lo que se establece con esta hipótesis es que en lo sucesivo sean todos los individuos de la familia real, de generación en generación, ó cortesanos vendidos ó facciosos. Sin embargo, ¿no es posible suponer que se hallen también entre ellos algu-

nos patriotas? ¿Es á éstos á los que tratáis de humillar? ¿Quereis condenar á los parientes del rey á que aborrezcan la Constitución, y á que conspiren constantemente contra una forma de gobierno que no les deja la elección de otros papeles que los de cortesanos ó conspiradores?... Mirad, por el contrario, todo lo que de ellos puede esperarse si llegan á inflamarse en amor patrio. Volved la vista hácia uno de los vástagos de esa raza cuyo destierro se os propone, y vereis que apenas habia salido de la infancia, cuando tuvo la dicha de salvar las vidas de tres ciudadanos, á riesgo de perder la suya. La ciudad de Vendome le ha concedido una corona cívica. Desgraciado niño, ¿será ésta la última que recibirá tu raza?...

Este discurso fué interrumpido muchas veces por un sinnúmero de aplausos, que no cesaron hasta mucho después de haber dejado de hablar el orador, y que fueron una prueba de que habia ya algunas personas que abrigaban la idea de una dinastía revolucionaria, y que si no existía una facción que pudiera llamarse de Orleans, existía ya el que habia de ser su jefe si llegaba á crearse. Robespierre, que era tan enemigo de una facción dinástica como de la monarquía, notó sobresaltado estos síntomas de un nuevo poder que aparecía en lontananza. «Reparo—dijo—que nos ocupamos mucho de los individuos, y muy poco de los intereses nacionales. No es cierto que se trate de degradar á los parientes del rey; tampoco se pretende que sean ménos que los demás ciudadanos; lo que se quiere es separarlos del pueblo de un modo honorífico. ¿A qué conduce andar en busca de títulos para ellos? Los parientes del rey nunca pasarán de ser parientes del rey, y el esplendor del trono no consiste en estas denominaciones de la vanidad. No se puede declarar impunemente que hay una familia en Francia superior á todas las demás, porque en tal caso, ella sola constituiría toda la nobleza de la nación, y permanecería entre nosotros como un gérmen de otra nueva aristocracia y como el fundamento indestructible de esa nobleza que hemos abolido para siempre.» La protesta de Robespierre fué acogida en medio de los más estrepitosos murmullos, viéndose obligado á interrumpir su discurso y á dar una especie de satisfacción. «Ya veo—dijo—que no nos es permitido profesar aquí, sin exponernos á ser calumniados, las mismas opiniones que nuestros adversarios sostuvieron los primeros en esta Asamblea.»

## VIII

Todo el nudo de la situación consistía en saber si, terminada la Constitución, reconocería la nación en aquel código el derecho de revisarle y variarle. En esta ocasión Malouet, á pesar de hallarse solo y abandonado de todo su partido, hizo un esfuerzo desesperado por restaurar la dignidad real. Este discurso, digno del genio de Mirabeau, era una acusación terrible contra los excesos del pueblo y contra las aberraciones de la Asamblea. La moderación templaba cuanto habia en él de fuerte, y se distinguía en el orador el hombre de bien, y en el legislador el hombre de Estado. En sus palabras hay algo de la serenidad estoica de Catón; pero la elocuencia política está más en el que escucha que en el que habla, y la voz no es nada si no halla un eco que la multiplique. Separado Malouet de los suyos y abandonado por Barnave, que le escuchaba suspirando, sólo hablaba por satisfacer á su propia conciencia, y sabía muy bien que no combatía por obtener la victoria, sino por salvar el principio. Este es su discurso: